



á poco su soledad, y se reunieron y formaron sociedades más íntimas, cuando San Pacomio fundó (340) en la isla de Tábena, sobre el Nilo, un monasterio (*coenobion, claustrum*), dándoles una regla de vida comun. Por la misma época, Amonio en los montes de Nitria, é Hilarion en el desierto de Gaza, fundaron reuniones semejantes; y de aquí se fué extendiendo la vida monástica por la Palestina y la Siria, siendo Eustaquio de Sebaste el que más se esforzó por propagarla en aquella provincia y en el Asia Menor. Valente procuró en vano contener este movimiento de los espíritus hácia la vida monástica, por temor de que fuese arrastrado á ella gran número de los soldados de su ejército.

San Basilio Magno ejerció en Oriente una influencia inmensa sobre la vida monástica. No sólo dió reglas nuevas, sino que fundó en las cercanías de Neocesarea un convento, que fué un verdadero antemural contra el arrianismo. Mientras que en el seno mismo de la Iglesia católica las controversias de los antitrinitarios del siglo III y las de los arrianos en el IV, dieron á los entendimientos cierta tendencia racionalista y especulativa, extraña á la práctica del Evangelio, preparaba el monaquismo una reaccion, silenciosa en un principio, pero despues ruidosa y viva. Conservando los monasterios el verdadero sentido de la doctrina cristiana, prestaron á la Iglesia nueva vida, y nuevo vuelo á la literatura cristiana.

En un principio fueron legos los monjes, y sólo eran sacerdotes los jefes de los conventos, estando todos sometidos á la vigilancia episcopal. Con el tiempo llegaron á ser los conventos los principales planteles del clero y de los obispos. Todas las reglas exigian los tres votos de que ya hemos hecho mencion, áun cuando no se consideraban como irrevocables. Con todo, la vuelta de un monje á la vida mundana era juzgada como la prueba de una fe tibia y de una voluntad vacilante. San Crisóstomo describe la manera de vivir los monjes de la manera siguiente: «El canto de los himnos saludaba el día naciente; seguia la meditacion sobre las santas escrituras. Á la tertia, sexta y nona, se rezaba en comun; el tiempo restante se

»consagraba al trabajo.» El fruto de este trabajo servia por lo regular para salvar á regiones enteras de los horrores del hambre en tiempos de escasez. El género de vida más singular entre los monjes, fué sin contradiccion el de los estilistas. Simeon el estilista encontró muchos imitadores en Oriente: en Occidente se vió un diácono estilista cerca de Tréveris.

El deseo de practicar una vida angelical debia encenderse tambien en el corazon de las mujeres, tan capaces como son de la abnegacion cristiana. Así fué que se reunieron para vivir en comun vírgenes en la flor de sus años, y viudas experimentadas. Segun se dice, la hermana de San Antonio presidió la primera de estas reuniones, para las cuales escribió San Pacomio la primera regla. Dábase á las piadosas solitarias el nombre egipcio de *nonnes* (vírgenes). San Basilio Magno las introdujo en Capadocia. Un velo, una pequeña mitra de oro, corona de la virginidad, y á veces un anillo eran sus insignias exteriores.

Si tenemos presente, por último, que el monaquismo se extendió desde entónces por gran parte del Occidente (y la historia de los pueblos germánicos nos hará conocer su poderosa influencia); si consideramos la variedad de las costumbres, la diversidad de caracteres de tantos pueblos, la diferencia de climas de tantos países, tan contrarios á las costumbres egipcias; si reflexionamos en la violencia que la vida monástica ejerce contra la naturaleza humana; y si á pesar de todo esto vemos á los cristianos del África, del Asia y de Europa abrazarla con el mismo entusiasmo, practicarla con la misma fidelidad y conservarla con la misma constancia; nos sobra razon para rechazar como insuficiente cualquiera explicacion fundada en simples motivos naturales de tiempos, de lugares ó circunstancias, y nos vemos obligados á confesar que el universal fervor con que se abrazó un género de vida tan duro y tan extraordinario no podia nacer de pensamientos terrestres y mundanos.

1.º *Prisciliano*, rico español, dotado de una palabra elocuente, pero oscura, esparció bajo el reinado de Teodosio I una doctrina, renovacion del gnosticismo, ó más bien del



maniqueísmo, el cual jamas habia quedado enteramente destruido. Dicha doctrina, que encontró prosélitos en un conventículo de aquella época, admitia como puntos fundamentales la teoría de la emanacion, el dualismo; negaba la distincion de las personas de la Trinidad, é imponia grandes abstinencias y singulares pruebas respecto de los sentidos. El gnóstico egipcio Marco, que vino á España, donde se unió á una mujer distinguida llamada Agapa, y el retórico Elpidio, pasan por verdaderos fautores de esta herejía. Prisciliano se hizo su discípulo, logrando ganar para su causa á muchas mujeres y dos obispos católicos. Higinio, obispo de Córdoba, fué el primero que descubrió esta secta. Itacio de Mérida é Itacio de Sosuba ú Osonoba la combatieron con ardor. El concilio de *Caesar-Augusta* (Zaragoza) excomulgó á Prisciliano y á sus adeptos (380), confirmando la sentencia el emperador Graciano; pero Prisciliano supo ganarse el favor de la córte, y ya Itacio se veia sériamente amenazado, cuando el emperador Graciano fué derribado por el usurpador Máximo, quien se decidió por el segundo. Citado Prisciliano ante un concilio en Tréveris, fué condenado en él, y ejecutado con sus partidarios Felicísimo, Armenticio y otros, despues de haber confesado que habia enseñado doctrinas inmorales, y que habia orado desnudo en asambleas nocturnas á las cuales asistian mujeres (385). En vano San Martin de Tours dirigió á Máximo súplicas y representaciones: la sangre de los herejes corrió por primera vez, á consecuencia de una sentencia eclesiástica. San Ambrosio y los más dignos representantes de la Iglesia se mostraron indignados de la crueldad de Itacio, y no quisieron seguir teniendo con él relacion alguna. Prisciliano fué por mucho tiempo venerado como mártir entre los suyos. El concilio de Braga (563) tuvo todavía que decretar leyes contra sus partidarios.

2.º *Audio* (Udo), lego, nacido en Mesopotamia, habiendo desconocido en parte la necesidad del cambio verificado en las relaciones de la Iglesia con el Estado, vituperó inocentemente la conducta de los eclesiásticos, más mundana que apostólica. Perseguido y exco-

mulgado, se separó de la Iglesia católica, fundando algunos obispados entre los godos. Los *audianos* debieron de haber recibido de su obispo doctrinas antropomorfitas; protestaron contra los decretos de Nicea sobre la Pascua, y evitaron toda comunicacion con los católicos hasta su completa extincion, á principios del siglo V.

3.º Un tal *Adelfio* formó en Mesopotamia la secta de los *adelfianos*, vulgarmente denominados *masalianos*, los cuales no admitian otro medio eficaz para triunfar del demonio más que el rezo. Todo trabajo que interrumpiese la oracion era pecado para ellos, y los sacramentos no tenian valor para aquel que habia llegado á la perfeccion espiritual. No poseian nada, pues tal era la exageracion de su espiritualismo, que se hubieran creido degradados con la posesion de bienes terrestres, y erraban sin domicilio fijo. Estos sectarios se propagaron principalmente en la Siria, á pesar de las decisiones severas del concilio de Antioquia (390).

4.º Ciertos usos eclesiásticos dieron origen á recriminaciones exageradas y oposiciones sin medida, á causa de sus abusos y de su falsa aplicacion. Así es que el sacerdote arriano Aerio de Sebaste sostuvo que obispos y sacerdotes eran iguales, cuando su antiguo amigo Eustaquio fué elevado á la silla episcopal de Sebaste; que la oracion y la limosna por los muertos eran inútiles, y que las solemnidades pascuales eran supersticiones judaicas. Eustaquio, por su parte, cayó en un extremo contrario: imponia severos ayunos áun en los domingos y otras festividades, consideraba impuro al matrimonio, y prohibia todo trato con los sacerdotes casados, contra varios expresos cánones del concilio de Gangres (del 362 al 370). Joviniano, monje romano, sensual y epicúreo, se pronunció contra la consideracion de que gozaba el monaquismo. El monje, decia él, no es más santo que cualquiera otro hombre. La felicidad eterna es una: todas las recompensas del cielo no se merecen, sino que se dan á todos iguales; que un poco más ó un poco menos de penas en este mundo no pueden aumentarlas ni disminuirlas: lo mismo de-



be pensarse de los pecados y de los pecadores. La virginidad no tiene privilegio alguno sobre el matrimonio; decía en union de Helvidio, discípulo del arriano Auxencio de Milan (390). María cesó de ser virgen despues del nacimiento de Cristo.

Vigilancio, sacerdote galo (402), dirigió su polémica contra el celibato, el culto de los santos y las reliquias, llamando á los católicos adoradores de ceniza y polvo: «No hay nada de muerte en este culto, respondia con ardor San Jerónimo; ántes por el contrario la piedad de los fieles ve en él otra cosa distinta. Al honrar las reliquias, su corazon se eleva hácia los santos que viven en Dios, que es el Dios de los vivos y no de los muertos. Aun cuando el sentimiento de un piadoso respeto pueda extraviarse, siempre merece respeto. Jesús alabó á la mujer que perfumaba sus piés; y censuró á sus discípulos porque llevaban á mal una acción poco conveniente á sus ojos.» Helvidio y Bonosio fueron aún más léjos que Joviniano, al pretender que María tuvo de José á los hermanos y hermanas de Jesús, de que habla el Nuevo Testamento. San Ambrosio opuso á Bonosio la creencia invariable de la Iglesia católica en la perpétua virginidad de María. Al mismo tiempo rechazó la Iglesia como blasfematoria la adoración de María, practicada por los coliridianos de la Arabia.

5.º Los paulicianos (publicanos, populicanos), á quienes se ha procurado idealizar y trasfigurar en nuestros dias, no eran más que los priscilianos del Occidente, teniendo el mismo origen y tendencia que los del Oriente. Descendian de los maniqueos por Paulo y Juan, hijos de la maniquea Callinicia de Samosata. Estos dejaron el lugar de su nacimiento, é intriguaron en Armenia, fundando en Epíparis una escuela que llegó á ser el plantel de la secta, cuya existencia se prolongó hasta el tiempo de Constantino Pogonato (668-85). Bajo este mismo emperador, dió cierto aliento á la secta el llamado Constantino de Mananalis, cerca de Samosata en Siria, el cual se creyó llamado á fundar, en oposicion á la Iglesia católica, nuevas comunidades apostólico-paulicianas, segun las formas de los gnósticos y los

principios de los maniqueos eclécticos (hácia el 680). Estas comunidades no admitian más que las epístolas paulinianas, como fuentes de la verdad revelada, además de los cuatro Evangelios: rechazaban el Antiguo Testamento, las epístolas apostólicas, el Apocalipsis, los símbolos de la Iglesia, toda la literatura eclesiástica y todas las formas litúrgicas. Pretendian que el cristianismo pauliniano era la manifestación última del verdadero Dios, y que la Iglesia católica era el reino del espíritu de las tinieblas. Era tal su orgullo, que pretendian también ser los solos dignos del nombre de cristianos, y que su comunidad era la verdadera Iglesia católica, al paso que los cristianos no paulinianos no eran más que romanos. Y por más que procuraban ocultar sus errores bajo fórmulas ortodoxas, favorecian las opiniones fantásticas y míticas de los gnósticos y maniqueos, considerando al sol como una manifestación visible de Dios, y llamándole Cristo. Respecto de la humanidad de Cristo, participaban los paulinianos de los errores de los docetas. La redencion no era para ellos otra cosa más que un procedimiento de purificación comenzado por Cristo, y que debia acercar poco á poco á todos los espíritus á su fuente divina. Su exclusivo espiritualismo les hacia rechazar, con un orgulloso desprecio de la materia, todos los medios de salvación de la Iglesia católica. El emperador Pogonato encargó á Simeon, dignatario del imperio, para que los persiguiese, el cual, en efecto, hizo ejecutar al jefe de la secta. Á pesar de esto, continuó la secta conservando un jefe, rodeado de compañeros de ruta (*comperegrini*), y notarios como hermanos auxiliares. El mismo Simeon, despues de haber sido su perseguidor, llegó á ser su jefe ó obispo, bajo el nombre de Tito en Cibosia de Armenia, y fué condenado á muerte con otros muchos en una nueva persecucion, durante el reinado de Justiniano II (685-95). Paulo, uno de los paulinianos más principales, se escapó de la muerte y se consagró activamente á la propagación de la secta, estableciendo su silla en Fanarea del Helesponto. El emperador Leon el Isaurio, á quien habia seducido el hijo de Paulo Genesio (Timoteo), fué



protector de los paulinianos. Más adelante encontró un jefe vigoroso en Sergio (Tychicus (hácia el 777), personaje lleno de orgullo que se llamaba á sí propio la luz, la guía de salvación y el buen pastor, y se hizo adorar por sus discípulos íntimos como el Paráclito, al cual invocaban, añadiendo al final de sus oraciones lo siguiente: «Tenga piedad de nosotros el Espíritu Santo.» Semejantes excesos y tan extrañas novedades dividieron la secta y excitaron ardientes discusiones en su seno. Por último, los severos edictos del emperador Miguel Rangabé (811-13), de Leon el Armenio (813-20), y de Teodora (845), los redujeron á entrar en la Iglesia católica despues de una expresa abjuración de sus errores. Los que se obstinaron sufrieron atroces suplicios, quedando de este modo la secta casi enteramente destruida.

Para apreciar mejor la prodigiosa influencia de la Iglesia católica en el imperio greco-romano durante esta época, es necesario comparar los resultados obtenidos con la situación religiosa y moral del imperio ántes de la in-

roducción del cristianismo. ¿Quién no se ha de llenar de admiración y de respeto hácia aquellos pueblos generosos, recordando con cuánto entusiasmo acogieron griegos y romanos la predicación del Evangelio; con cuánto heroísmo lo defendieron durante las persecuciones; con qué fidelidad emplearon su ciencia profana en explicar y desarrollar los dogmas cristianos en una literatura, cuyas obras maestras quedarán siempre como modelos de las escuelas cristianas, y como fuentes de las más nobles inspiraciones; recordando, por último, con qué fuerza han constituido y organizado la Iglesia, realizado las ideas cristianas por medio de los símbolos misteriosos de un culto sublime, y dado al mundo innumerables ejemplos de virtudes, de abnegación y de santidad?

¡Cuán pura sería esta gloria ante Dios y los hombres, si la Iglesia griega no hubiese abierto la puerta con sus fatales é interminables controversias, por una parte al fanatismo musulmán, y por otra á un indiferentismo espiritual, más funesto todavía!!!